

HELMS G. HANS MAX STIRNER: *Die Ideologie der Anonymen Gesellschaft*. M. Dumont Schaubert Köln. Deutschland, 1966.

En vano fatigamos hoy los estantes de las librerías tratando de encontrar en español, el libro unigénito de Max Stirner, *El único y su propiedad*. No mejor suerte tendrían quienes lo buscaran en Alemania, su país de origen, donde no se le edita desde 1929. Los que leen francés o inglés podrán todavía adquirirlo, ya que fue publicado por última vez en estos idiomas, en 1960 y 1963, respectivamente.

Para compensar, siquiera en parte, ese vacío editorial, nos llega ahora de Alemania (a 122 años de la primera edición del *Único*), un denso estudio dedicado por entero a la crítica de dicha obra, de su autor y de la ideología que representa.

Ha sido escrito por Hans G. Helms, y publicado a mediados de 1966 por la editorial M. Dumont Schaubert, de la ciudad de Colonia, bajo el título *Die Ideologie der Anonymen Gesellschaft*, que en traducción literal significa: "La ideología de la sociedad despersonalizada".

Mucho es lo que sobre Stirner y su "Único" se habló y escribió en los 122 años transcurridos desde que dio los originales a la imprenta. Helms dedica nada menos que cien páginas de su libro a reseñar dicha bibliografía, que cuenta con aportes de todos los idiomas cultos.

De Hans G. Helms mismo sabemos poco: nació en 1932 en Teterow (Mecklemburgo); estudió filología comparada, sociología, filosofía y ciencias políticas; es autor de programas artísticos y culturales difundidos por varias radioemisoras europeas, y de algunos ensayos filosófico-políticos. Ignoramos su extracción ideológica. El contexto del libro que comentamos permite descubrir una franca utilización del método marxista, aunque poco nos revela acerca de la actitud del autor hacia el régimen soviético. Algunos pasajes, sin embargo, nos ilustran sobre el punto más que cualquier definición formal; así el que dice: "Es un hecho histórico que la doctrina de Marx puede llegar a ser manipulada de tal manera, que la sociedad y el Estado, el Estado y el capitalista único, aparezcan como necesariamente idénticos. En tal caso, no habrá entre el capitalismo privado y el estatal más que una diferencia de organización técnica; los miembros individuales de ambas formas de organización serán dominados, entonces, por un 'tercer'ó, el capital. Sin embargo, no era éste el propósito de Marx, ni aquellas consecuencias son inherentes a su teoría, siempre que no se la distorsione. Marx tenía en vista la abolición de las relaciones de propiedad, no la transformación de las mismas" (p. 142).

Entrando ya en el comentario y análisis del *Único*, Helms caracteriza a Max Stirner como el primer ideólogo consecuente de nuestro tiempo. Su ideología —dice— le hace el juego a los intereses del más crudo capitalismo. Conviene a éste que el pueblo mire con desprecio a la política y a los partidos, para que su rebelión pueda más fácilmente ser encadenada por algún "movimiento" atomizante y castrador de toda energía revolu-

cionaria. El individualismo extremo y el más exacerbado de los egoísmos, tales como aparecen en *El único y su propiedad*, constituyen así, simultáneamente, los síntomas de una grave disolución social y los prolegómenos del moderno totalitarismo.

Con esa enseñanza de la rebelión individual, Stirner no pretende lograr un efecto subversivo del *statu quo* ni el cambio de las condiciones económicas; ansía más bien poner de resalto las peculiaridades personales de cada cual, el anticonformismo sin causa nacido de los impulsos del *ego*. Y ello no constituye una acción política ni revolucionaria, sino un mero soliviantamiento; propio de los miembros de la clase media inferior. Precisamente como miembro mezquino de esa clase media el autor describe a Stirner: una "personalidad marginal", como lo calificaríamos hoy; lleno de resentimiento contra la alta burguesía detentadora del poder político y económico; lleno de desprecio hacia el proletariado, a cuyo nivel se encuentra en peligro de descender y al que teme como al contacto de un leproso.

Con prolijidad retrospectiva desenmascara Helms la actitud políticamente estéril del "hegelianismo de izquierda", en cuyo círculo se contaba Stirner. Señala, además, cómo *El único y su propiedad* eludió las garras de la severísima censura estatal imperante en aquellos tiempos, seguramente por haberles parecido a los censores una obra "demasiado absurda para ser peligrosa".

Analiza también el origen histórico y la peculiar situación social de las clases medias, afinando con ello el concepto de esa tan discutida categoría sociológica. La capa media inferior tuvo su origen en la primera mitad del siglo XIX. Se componía, por una parte, de los desechos de las antiguas clases y, por la otra, de quienes respondían a los requerimientos de las nuevas necesidades o instituciones que generaba la industria, señaladamente las burocracias públicas y privadas. Podemos ubicar a sus miembros en categorías profesionales bien definibles: pequeños comerciantes, artesanos, buhoneros, obreros calificados y, sobre todo, los millones de empleados y funcionarios de nivel inferior e intermediario.

Todos ellos anclados en una situación económica semejante; privados del acceso a los medios de producción, dependen sin embargo de éstos y de quienes son sus propietarios; alejados del proceso productivo mismo en una escala mucho mayor que los propios obreros, carecen en consecuencia de toda posibilidad concreta de ejercer presión sobre ese proceso y se saben, por ende, políticamente impotentes. Sólo se ven en perpetua competencia y lucha entre sí, para ver quién logra un ascenso o saca la mayor ganancia de una transacción. Carecen de sentido social; la sociedad es para ellos un conjunto amorfo de "Únicos" diferenciados, y cada cual pretende ser un autócrata en su exiguo dominio privado.

Esa situación de rivalidad económica y de egoísmo social les depara el anhelo de una ideología capaz de disfrazar su desamparo. Saben que no disponen del poder de la huelga general, arma del proletariado, para presionar sobre la sociedad en defensa de sus intereses. Saben que les

está vedado el acceso a los medios de producción, arma y condición de existencia del capitalismo. Una huelga general de los burócratas o intermediarios podría constituir hoy —cuando ya nadie piensa en ella— un peligro para el capital. En la época de Stirner, dicha huelga sólo hubiera ocasionado muy insignificantes molestias.

Las clases medias estaban pues, desgarnecidas. No tenían nada para compensar su frustración. Stirner fue el primero en darles algo: una ideología. “¡Dejemos de ser esclavos del azar! —exclamaba—. Fundemos un nuevo orden capaz de poner término a las fluctuaciones. ¡Y una vez establecido, ese orden sea sagrado!”

La nueva ideología tuvo, para sus destinatarios, la misión de sustituir a todos los otros medios de poder inexistentes: la conciencia de clase, la solidaridad social, el manejo del capital.

El sistema stirneriano puede, pues, ser resumido como una negación de la historia (de las causas y efectos históricos) y como un autoritarismo ideológico destinado a librar a los individuos de clase media del peso de las fuerzas sociales, y simultáneamente a adueñarse de dichas fuerzas para emplearlas contra los demás; ambos aspectos subsumidos en una reiterada insistencia sobre la “rebelión”, que juega como sustituto de la revolución y manifiesta sus consecuencias contrarrevolucionarias.

Stirner hace tabla rasa con todos los ideales, con todo impulso dirigido a determinados fines, ya sean humanitarios o reaccionarios, y ello lo convierte, precisamente, en un apóstol del *statu quo*. Mal interpretando en esto a Hegel, entre cuyos seguidores se contó, considera los pasos de la historia como una marcha ininterrumpida hacia el progreso. Pero al menospreciar las circunstancias de su contorno, quita al “Único” la preocupación de liberarse de lo estático y reaccionario contenido en ellas mediante la actividad revolucionaria; hace nacer la ilusión de que lo existente se derrumbará por sí mismo, sin la lucha del hombre, en alas de un imaginario y metafísico avance de la historia hacia un porvenir dorado. El sistema stirneriano goza, así, de las ventajas que le confiere su ubicuidad teleoaxiológica, y está sujeto, al mismo tiempo, a todos sus inconvenientes.

Apasionantes e incitadores a la polémica son los análisis de Helms acerca de las vinculaciones que descubre entre la ideología stirneriana, la posterior evolución social de las clases medias, y el encuentro final de esas corrientes de pensamientos y acción en el seno del fascismo contemporáneo, cuyos ingredientes doctrinarios y tácticos desmenuza con celo perspicaz.

Idéntica profundidad de examen demuestra su aporte al tema de la despersonalización de nuestras sociedades, regidas cada vez más por esquemas abstractos e integradas con hombres sin rostro, son “Únicos” cuya verdad esencial radica en el interior de su yo egoísta y en su propiedad mezquinamente delimitada. Perdido el espíritu comunitario y social, esos individuos terminan depositando la raíz de su rebelión en los cuadros del “partido” o del “movimiento”, que les aseguran, con su ritmo activista

a ultranza, la ilusión de una meta revolucionaria en los subsistentes moldes de la realidad.

Pero no se limitan las observaciones de Helms al mero aspecto doctrinario del stirnerismo; por lo contrario, guía al lector a través de un cuadro integral de la historia política alemana, desde 1842 hasta nuestros días, pasando por etapas tan cruciales como la Revolución de 1848, la era de Bismarck, la Primera Guerra Mundial, el hitlerismo y la actual República Federal Alemana, con su neoliberalismo "milagroso" y su socialdemocracia vergonzante.

No siempre es el puro dato exterior, sociológico o histórico, el que señorea en forma absoluta las escenas vivientes del libro; también los niveles de la psicología profunda interesan al autor, quien penetra en ellos desde la perspectiva del psicólogo social para sacar a la superficie tendencias y motivaciones encapsuladas por la ideología. Un libro, en suma, incisivo y actual, discutible y polémico sin dejar de ser profundo; una obra "política", en el más completo sentido de la palabra. Sus ideas merecen una pronta traducción a nuestro idioma.

Mar del Plata, 1966.

Carlos E. Haller